

emancipacion de la humanidad, Maximiliano, como hombre y como poeta, dejó escrito su nombre en cada cuadro que describió, en cada corazon que supo apreciarlo. Las llanuras del mar, los bosques del Brasil no lo olvidarán jamás; miéntras en el círculo de sus afecciones íntimas, quede solo su recuerdo, como la dolorosa manía de la desgraciada princesa, que durante tristes dias y largos años, ha esperado, y esperará en vano, en los desiertos salones de Miramar, la vuelta del compañero de sus sueños de gloria y de ambicion.

Ya no volverá al lado de la esposa, el esposo que duerme el sueño de la muerte en el último lecho en que reposan los Hapsburgo; pero su espíritu, hablando en este libro la lengua de Cervantes, como ha hablado ya la de Goëthe, Moliere y Shakespeare, irá, con el habla de los hijos del Mediodía, á repetir á su oído los recuerdos de esa vida, que pasó en sus breves periodos, segun la expresion del Poeta del desierto, como pasan las aves, como pasan las nubes, como pasan las sombras.

M. M. O. de Montellano.

ITALIA

CAPÍTULO PRIMERO

NÁPOLES Y EL REY FERNANDO

Rada de Trieste, 30 de Julio de 1851.*

El 30 de Julio de 1851, a las siete de la noche, veía yo en fin cumplirse uno de mis mas queridos deseos, un deseo acariciado hacia mucho tiempo, el de emprender un gran viaje marítimo. Dejaba con algunos de mis amigos mi hermoso país de Austria: el momento era solemne para mí, porque aquella era la primera vez que abandonaba mi patria para hacer una larga permanencia en la mar. La chalupa nos llevó rápidamente, y cerca de las ocho de la noche, en medio de los acordes del himno nacional, subiamos a bordo de nuestro palacio flotante, la fragata la *Novara*, cuyo nombre para un austriaco era ya de buen agüero. Se despidieron de nosotros las personas que nos habian acompañado, se levantaron las escaleras móviles y quedaron interrumpidas las relaciones con la tierra; apenas tuve tiempo para enviar algunas líneas escritas apresuradamente en el camarote del capitan. Comenzaba a declinar el dia y era preciso levantar la última ancla; esta operacion fué laboriosa y reclamó los mayores esfuerzos: un nuevo sistema francés adaptado a la máquina, entorpecia el movimiento y

* Habiendo nacido Maximiliano el 7 de Julio de 1832, tenia en esta fecha diez y nueve años y veintitres dias.

ocasionaba detenidas perpétuas. Durante la maniobra, un hombre recibió un golpe tan fuerte en el pecho, que fué preciso trasladarlo a la enfermería. La corbeta de vapor la *Lucia*, nos sacó a remolque, y por fin, a las nueve pudimos ponernos en marcha. Arreglé lo mejor que pude mi camarote, que era grande y cómodo; pudiera decirse que era bonito, si un contraste demasiado desagradable entre el color de los muebles y el de las cortinas, no hubiese denunciado el mal gusto de la decoración del arsenal. A las diez tomamos el té, despues de lo cual, me tendí en mi hamaca para disfrutar del reposo y del sueño de la noche.

Fragata imperial la "Novara," 31 de Julio de 1851.

De las ocho a las doce de la mañana he montado hoy mi primera guardia: la mar estaba agitada, el buque cabeceaba fuertemente, y no tardó en caer una lluvia violenta y fria. Las personas de mi comitiva experimentaron un fuerte malestar; en efecto, para el primer dia la prueba era bastante dura. Al cabo de algunas horas, el viento se hizo de tal manera contrario, que fué preciso renunciar al remolque de la corbeta y bordear hácia tierra. Estábamos a la vista de las costas de Istria; pero el cielo estaba tan brumoso y el tiempo tan malo, que ningunos detalles interesantes se pudieron descubrir.

1.º de Agosto de 1851.

Desde las primeras horas de la mañana percibimos el monte *Ossero* y algunas islas del *Quarneros*. El tiempo estaba bastante hermoso y la mar ménos agitada; pero todos se resentían del malestar de la noche. Monté mi guardia a las ocho: una somnolencia de plomo me agobiaba, sentía los piés cansados dentro de las botas demasiado estrechas, y tuve que hacer esfuerzos increíbles sobre mí mismo para sostenerme, hasta *la hora de los espíritus*. Las nubes se aglomeraban a lo léjos, los relámpagos y el rayo dirigían sobre el buque pálidas claridades, y como nada velaba el horizonte, y el agua reflejaba la luz, la vista se sentía en ratos dolorosamente cegada. Semejantes espectáculos que se desarrollan majes-

tosamente en un teatro inmenso y grandioso, no son dados mas que al que recorre las vastas llanuras de la mar.

2 de Agosto de 1851.

Hoy se observan las costas del reino de Nápoles y la cima de los Abruzzos. Nos acercamos a ocho millas de la ribera italiana, y se distingue con la simple vista, la pequeña ciudad de Viesti. El país es boscoso, montañoso y está surcado de fajas amarillas de tierra. La ciudad, bastante insignificante, se eleva sobre una de estas colinas amarillentas. Un poco mas léjos se perciben viejas torres, como se encuentran tambien a todo lo largo de la costa: fueron construidas en otro tiempo para servir de defensa contra las invasiones de los turcos. Delante de Viesti cruzamos numerosas barcas napolitanas de velas caprichosas. El calor ardiente del sol nos advierte que hemos llegado a las regiones del Mediodía. Absorto en la contemplacion de la mar que desarrollaba a mi vista su azul profundo é infinito, yo evocaba con gusto queridos recuerdos de un tiempo feliz, los de mi hermoso viaje a Oriente.

3 de Agosto de 1851.

Solamente en los Alpes y sus sombríos lagos de rocas ó en la extension infinita de la mar, se vé lo que puede la naturaleza, de qué fuerzas dispone, cómo se levantan las aguas, cómo combaten el aire y las nubes. Conmovido el hombre, siente entónces su nada; pero el valor y el orgullo renacen en él, cuando piensa que su espíritu ha domado las olas y arrebatado el rayo a los cielos. Esta noche nos ofrecía uno de esos momentos sublimes, que subyugan el corazon y el alma, y todos estábamos conmovidos: era una lucha grandiosa entre los elementos; los relámpagos derramaban una claridad mas brillante que la luz del dia, el rayo resonaba en truenos incesantes y formidables, violentas borrascas hacían oír silbidos agudos, la lluvia caía a torrentes. Me levanté cerca de las cuatro, me vestí apresuradamente y subí al puente para gozar de este espectáculo tan poco comun. La misa anunciada para las diez no pudo tener lugar, porque el capellan estaba enfermo y el cabeceo del buque era demasiado violento; sin embar-

go, se pasó revista y hubo música, como de costumbre, de diez a once.

Las costas napolitanas aparecieron de nuevo: estábamos a dos millas de la tierra, de manera que pudimos distinguir fácilmente la ciudad y el cabo de Otranto; ni la una, ni el otro tienen nada de notable. Se siguen viendo las viejas torres de que hablaba hace poco: el país es inculto y amarillento: esperamos que las riberas famosas del otro lado del cabo serán mas atractivas; de otra suerte, la antigua y admirable Grecia conservaría la palma de la hermosura, y las riberas de Nápoles tan encomiadas, tendrían dificultad en igualar los golfos magníficos de Patras y Lepanto. Un porvenir próximo nos revelará la verdad de las cosas en este particular, y ya tengo impaciencia por conocer el juicio que me voy a formar. Al caer el día cruzamos el cabo *Santa Maria de Leucca*, donde se percibe una iglesia célebre por la peregrinación de que es objeto. A la luz de la tarde, este país nos presenta un aspecto mas favorable: el sol se puso chispeante y radioso en una mar color de púrpura. El crepúsculo brillaba con tintes deslumbrantes, y este esplendor meridional me calentaba el corazón y me confortaba.

4 de Agosto de 1851.

Tuve necesidad de levantarme a las tres, porque me correspondía la guardia de cuatro a ocho. Un azar feliz me envió para mi primera *matutina*, una salida de sol magnífica.

Pronto descubrimos las costas de Calabria: son rocas desnudas como las presentan con demasiada frecuencia las regiones del Sur; pero la luz brillante del sol, está allí para revestirlas con una incomparable poesía. Desgraciadamente la fragata estaba muy lejos de la tierra para que pudiésemos distinguir claramente sus detalles. Almorzábamos de muy buen humor, cuando repentinamente un ruido sordo en la mar y los saltos de la espuma contra las paredes del buque, nos dieron un presentimiento siniestro: nos lanzamos al puente donde resonaba este grito horroroso: *Un uomo è caduto in acqua!* Una agitación indecible se extiende al punto: corro al castillo de popa y percibo con dolor a un desgraciado marino que había caído de la gran cofa, luchando contra las olas y es-

forzándose por aproximarse al buque, que se alejaba siempre mas. Se contiene el remolque, las velas son arriadas y violentamente se lanza una chalupa a la mar; el *salva uomini* había sido mal arrojado, solo el aparato de alumbrado había partido, y saltaba y humeaba detras del buque. Aquellos momentos fueron de una mortal agonía, de un terror indecible: a cada instante nos preguntábamos si el infortunado podría resistir, si tendría fuerza para mantenerse sobre las olas. En fin, á fuerza de remos, la chalupa avanzó y alcanzó al marinero: le vimos levantarse y apoderarse del borde.... gracias a Dios se había salvado. Le llevaron a la enfermería: no había perdido el conocimiento, y salió del riesgo sin grave daño.

Hoy esperábamos al viejo Etna como al Mesías: acechábamos, buscábamos, hacíamos mil conjeturas; pero en vano: el solemne anciano no quiso mostrarse, ó mas bien, permaneció siempre fuera del alcance de nuestra vista.

5 de Agosto de 1851.

Hice mi guardia de cuatro a ocho. Aquellos fueron momentos de un interés sublime, momentos durante los cuales una parte importante de la historia del mundo se desarrolló en cuadros ante mis ojos: de los vapores de la mañana se desprendía el viejo Etna, ese venerable testigo de tantos siglos que han desaparecido, de tantas épocas florecientes, de tantas decadencias de valientes naciones: en el seno del crepúsculo color de púrpura resplandecían las montañas de Sicilia, al pié de las cuales se cometieron tantos atentados famosos. De repente una luz brillante se extendió sobre los montes de la Calabria: el sol ardiente de Italia, ese envenenador de la sangre siciliana, lanzó sus rayos de fuego sobre la altiva Mesina, cuyos castillos, palacios y torres se destacaban relucientes sobre la rica verdura de los jardines. Era aquella ciudad que fundó en otro tiempo el genio sutil é inquieto de la Grecia, aquella ciudad en que el poeta hace llorar a la hermana *desposada* sobre dos cadáveres queridos, en que el puñal sumergido en un corazón francés, dió la señal de las *Visperas Sicilianas*, y en que apenas hace diez años, fué ahogada una lucha sangrienta entre un soberano y un pueblo. Pero Dios ha pronunciado su juicio so-

bre aquella ciudad culpable, y sus palacios están ahí para dar testimonio de la terrible sentencia; porque despues de los famosos temblores de tierra, los mas hermosos de aquellos no han conservado mas que un solo piso, y los pisos que desaparecieron, hoy solo se hallan reemplazados por los techos.

El sol en su carrera victoriosa arrojaba las sombras de la noche y disipaba la niebla: el Faro se nos aparecia con toda su magnificencia; los contornos de la tierra firme comenzaban á dibujarse con la luz del dia, y al pié de las montañas de la Calabria, salia sonriente de las olas azuladas, la amable ciudad de Reggio, engastada en la vegetacion exuberante del Mediodía. Los palmeros, sacudiendo sus nobles cimas, los limoneros y las parras, se desplegaban con alegría; un aire fresco y ligero nos traía los perfumes de las plantas meridionales. En segundo término, sobre las dos riberas se elevaban las montañas volcánicas de líneas pintorescas y claramente acentuadas. Los colores tenian esa ardiente brillantez tan querida al alma y á los ojos del hombre del Sur, y que reanima tambien el corazon de los hombres del Norte. Nos deslizábamos suavemente sobre una mar tranquila: la perspectiva cambiaba con frecuencia, porque no nos era dado poner el pié sobre aquel suelo clásico. Mesina se dibujaba en contornos cada vez mas acentuados: con el auxilio de un antejo se distinguian claramente los fuertes y las iglesias, y pude leer yo mismo, sobre un largo edificio situado al borde de la mar, esta inscripcion: *Palazzo di Citta*. Lo que entre nosotros, con nuestra modestia alemana, designamos con el nombre de casa, el enfático italiano no vacila en decorarlo con el pomposo titulo de «palacio». Entre los monumentos observamos, sobre todo, un campanario cuyos órdenes de ventanas se elevaban en espiral. La ciudad es grande y está adornada con jardines magníficos. La comarca desarrollaba ante nosotros un panorama espléndido: todo era armonía en la calma sublime de la mañana; el Etna mismo respiraba suavemente, el humo salia de su cráter como un ligero aliento.

Las riberas comenzaban á estrecharse: nos aproximábamos á un nuevo teatro de acontecimientos históricos, llegábamos al estrecho famoso, tan celebrado por los poetas, de Caribdis y de Scylla. El horror que penetra á traves de los cantos de Homero, el

espanto que nos hace sentir el *Buzo* de Schiller, desaparecian ante la realidad. A la extremidad de una lengua de tierra árida, donde se encuentran una ciudad bastante importante y un faro macizo, poco elevado, está Caribdis, cuya boca quedó para nosotros pacíficamente cerrada. En fin, al pié de la montaña, junto á la orilla de la mar, se levantan los dientes de una negra roca, coronada con una fortaleza y enlazada por un puente á la tierra firme: es Scylla. Pasamos fácilmente, y sin piloto indígena, el estrecho muy poco temible que hizo temblar en otro tiempo al rey de Itaca y costó la vida al noble y hermoso jóven de la leyenda. Mi oído no pudo percibir mugidos ni aullidos, y la hija de los reyes no va ya á inclinarse sobre la punta de la roca para buscar las huellas del nadador intrépido.

Pronto nos volvimos á encontrar en plena mar, bajo el encanto de las riberas admirables que acababan de desarrollarse á nuestra vista. Tomé un librito de mi biblioteca y volví á leer los famosos versos:

“¿Connais-tu la contrée où les citronniers fleurissent?” *

Y sin embargo, lo confieso, por magnífico que fuese el aspecto de Mesina, el de los golfos de Patras y de Lepanto me parecia mas magnífico aún.

Percibimos a la izquierda las islas Vulcano, Lipari y Panaria, y ante nosotros se elevaba Stromboli, de formacion enteramente volcánica, como lo prueba ya su configuracion. El fuego interior de la isla Vulcano está apagado hace muchos años; Stromboli, al contrario, aun humea y arroja lavas abundantemente. Ninguna de estas islas tiene grandes dimensiones; pero el Stromboli alcanza una altura de dos mil piés y se parece bastante á un pan de azúcar con la punta deprimida; su escarpe descende á pico a la mar, y solamente algunos pescadores pueden encontrar abrigo en él. A algunas leguas del Faro llamamos por señales al capitán de la *Lucia*, quien despues de haber almorzado con nosotros, se despidió de mí y se volvió a su bordo: el vapor ejecutó diferentes maniobras bastante brillantes, los hombres subieron á las vergas y

* ¿Conoces la comarca en que los limoneros dan flor?

lanzaron once hurras: la *Lucia* singló primero en direccion del Faro y muy pronto desapareció: vuelve a Trieste adonde llegará dentro de cinco ó seis dias. Nuestra marcha se hizo mas lenta desde que el buque-vapor dejó de remolcarnos. Por la tarde distinguimos claramente el humo del Stromboli; pero este fenómeno ofrecia poco interes, porque ningun fuego salia del cráter. Esperamos que el Vesubio haga en nuestro honor mas gastos que sus dos camaradas.

6 de Agosto de 1851.

El tiempo está soberbio, la mar en calma: quedamos desagradablemente sorprendidos al subir a cubierta, viendo otra vez el Stromboli a una pequeña distancia; el buque casi nada adelantó en toda la noche. Por la mañana se observan las costas de Policastro.

Hice mi guardia de seis a ocho de la tarde. La puesta del sol habia sido espléndida: el disco de fuego se abismaba majestuosamente en la mar tranquila y color de púrpura. Las montañas de Salerno, de color gris como las del Asia Menor, se recortaban nítidamente en el espacio; mas por muy poético que fuese este aspecto, era mortificante para el marino, porque la calma *chicha* habia descansado sobre nosotros sus alas de plomo, y el buque permanecia inmóvil como una isla solitaria en medio de la mar tersa. Apénas la última tinta de fuego se extinguió en el poniente, cuando la luna derramó sobre las olas sus plateados rayos: actualmente está en creciente y tendremos el plenilunio durante nuestra permanencia en Nápoles.

7 de Agosto de 1851.

Poco habiamos adelantado en la noche; porque cuando el tiempo se descubrió cerca de las diez, el Stromboli aun se levantaba frente a nosotros; pero esta vez, a lo menos, teniamos la compensacion de que de su cráter se escapaban nubes de humo en abundancia. Le perdoné, por esto, su proximidad y encendí mi cigarro para fumar como él. Parecia sufrir una agitacion violenta, los vapores aumentaban siempre sobre su cabeza, y formaban en el cielo

un penacho mas y mas espeso. A medio dia se levantó un poco el viento, de suerte que cerca de las tres ya percibí el Vesubio.

8 de Agosto de 1851.

Como los griegos delante de Troya, nosotros nos encontrábamos detenidos a la entrada de Nápoles. Todos los dias creíamos poder llegar; pero jamas teniamos un viento favorable. Esta mañana la mar está tersa como un espejo, y solamente nos encontramos a la altura de Nicosá: se distingue bastante claramente la ribera, y se percibe sobre una colina una pequeña ciudad, Nicosá misma tal vez. Las montañas son muy altas y descienden a poco hasta la mar, pero están desnudas y no se puede decir que sean precisamente hermosas. Durante todo el dia el calor es sofocante.

Fragata imperial la Novara,
9 de Agosto de 1851.

A las siete de la mañana me levanté para admirar los magníficos contornos de la isla de Capri. Esta ciudadela de rocas se levantaba majestuosamente del seno de la mar y dibujaba sus dentellones románticos sobre el cielo del Mediodía. Cerca de la ribera principal se empinaban, como las obras avanzadas de una fortaleza, arrecifes escarpados, de los cuales uno perforado por una y otra parte, forma sobre las aguas una puerta natural. La isla, a pesar de su suelo rocalloso, está habitada y es fértil: es la tierra productora del famoso vino de Capri. Por cualquier lado que se la contemple es siempre noble y pintoresca: ya son llanuras inclinadas cubiertas de verdura, ya paredes de rocas que bajan a pico hasta las olas, ya sobre las alturas aparecen formas de ciudadelas: por todas partes hay una admirable diversidad.

Percibimos por fin a Ischia y Prócida, islotes de formacion rocallosa, pero verdes y románticos: comenzábamos a entrar en el famoso golfo de Nápoles. Desgraciadamente el dia no estaba muy puro, pero el panorama se desarrollaba lentamente delante de nosotros: las montañas dibujaban sus contornos, los grupos de casas se desprendian poco a poco; nos aproximábamos mas, y algunos colores resaltaban del conjunto general: despues las formas de las

casas se acentuaban a su vez; nos interrogábamos mutuamente y nos mostrábamos los puntos notables; estábamos provistos de anteojos y éramos presa de esa agitación interior, de esa emoción que se siente siempre al aproximarse a un lugar célebre que no se ha visto jamás. Yo me acercaba con cierto sentimiento de desafío: durante mi viaje a Grecia me habían tantas veces descrito a Nápoles como superior a lo que entonces recreaba mi vista, y uno de mis compañeros la había elevado tanto sobre todo lo que él había conocido, que yo estaba resuelto a no encontrar aquí mucho gusto. Cuando se toma semejante resolución, se apresura uno a juzgar a primera vista. Me pareció pues la ciudad demasiado pequeña, las alturas que la dominan demasiado bajas; habría preferido verla al pie del Vesubio cubierta de nubes espesas; en general hubiera retocado muchas cosas. La atmósfera, ya lo he dicho, no estaba muy limpia; las colinas no dibujaban claramente sus contornos, la claridad de la luz meridional no animaba los colores, el cielo y la mar no tenía ese azul oscuro, de una belleza incomparable, y que nunca se olvida cuando una vez se ha visto. Nos acercábamos siempre: ya distinguíamos el castillo de San Telmo, el castillo del Huevo, la *Villa Reale* y otros puntos notables, y sin embargo, mi admiración permanecía en suspenso. Prefería con mucho el lado del Vesubio y más allá el que alcanza a Castellamare y Sorrento, donde se elevaban grandes montañas y se extendía un país verde y exuberante, de aspecto verdaderamente pintoresco. De repente la fragata vira de bordo y voltea el castillo del Huevo que se avanza en la mar: el Palacio Real aparece con sus formas macizas, sus verdes azoteas y su situación majestuosa; las hileras de casas se desarrollan, las cúpulas se levantan, los palacios se desprenden. . . . comienzo a comprender que Nápoles es una gran ciudad y que es verdaderamente hermosa.

Arrojamos el ancla y esperamos con impaciencia la *pratica* que debía darnos la autorización para saltar en tierra; pero este favor se hizo desear mucho tiempo: habíamos descuidado tomar en Trieste una *patente de salud*, por cuyo motivo las doctas autoridades de Nápoles no quisieron permitirnos desembarcar y fué preciso esperar cinco horas. Se aclaró el tiempo, y un panorama admirable se presentó a nuestros ojos. A la derecha se elevaba en el borde

de la mar el altanero Vesubio con sus sombríos misterios y a sus piés la ciudad de Portici; más lejos se extendía hasta frente de Capri una cadena de montañas de formas accidentadas, cuyos pliegues graciosos dejaban percibir a Castellamare, que se ostentaba sonriente en medio de un bosque de naranjos y su castillo real *Qui si sana*, Sorrento, cuyo nombre ha consagrado la poesía, y la pequeña ciudad de Masa. A la izquierda del volcán, cubierto aún con un ligero penacho de humo, se extendía una llanura inmensa y magnífica, hasta la ciudad apoyada en montañas sembradas de jardines. A pesar de lo larga que es la costa, apenas se interrumpe la serie de habitaciones hasta Portici.

En Nápoles las masas de las casas son irregulares y variadas, por ninguna parte se ven esas líneas monótonas y fastidiosas de las ciudades modernas. Muchos puntos interesantes eran los que más resaltaban: el Palacio Real, imponente y macizo, con sus ladrillos de color claro, sus cenadores de naranjos, sus bóvedas de follaje enhiestas y ligeras, como los jardines de Semíramis; el castillo de San Telmo, cuyas construcciones piramidales coronan una altura en el centro de la ciudad; el castillo del Huevo que se levanta del seno de la mar como una obra avanzada a la izquierda del Palacio Real, y no está unido a la ciudad más que por un puente; el castillo Nuevo con su ciudadela gris de los príncipes de Anjou, antiguo castillo-residencia de Nápoles; el macizo palacio Capo di Monte, del estilo italiano más puro, levantándose en medio de las casas de campo y de los numerosos jardines que dominan a la ciudad, y construido por Carlos III para que sirviese de residencia de verano a los reyes napolitanos. Sobre la masa confusa de las casas se elevaban las cúpulas de las iglesias, cubiertas con tejas vidriadas que brillaban con el sol, así como la gran torre que está contigua al castillo *del Carmine*. Desde el lugar en que estábamos al ancla, el castillo del Huevo ocultaba las largas calles de la Villa Reale, así como la hilera de casas llamada *Chiaja*, el Corso de los Napolitanos. Detrás del castillo se eleva sobre un terrado construido en la mar, un pequeño palacio real llamado *Chiatamone*, rodeado de árboles cuyas masas de verdor refrescan la vista.

A la izquierda de la ciudad, la costa describe un semicírculo

análogo al de la derecha: sobre las colinas de toba en forma de terrado, se escalonan numerosas y soberbias casas de campo. En la extremidad de esta cadena tan característica, en medio de la cual se ha formado la gruta famosa de Pausilipo, se percibe el puerto de Pouzzoles, con su fuerte coronado por un castillo y la fortaleza de Baja; las islas de Prócida y de Ischia vienen a cerrar este panorama admirable. Miétras que contemplábamos con curiosidad todas estas cosas, tuvimos como una fruición anticipada de las costumbres populares napolitanas: numerosas barcas pasaban alrededor de nosotros en la mar espumosa, y veíamos ya a los lazaroni y a los pescadores con su tez aceitunada, sus fisonomías animadas, sus gorras rojas cayendo sobre el hombro, y su traje tan próximo al estado de la naturaleza. Uno de ellos sin consideración ninguna, en medio de sus camaradas, se cambió de camisa a la vista de la fragata.

Al cabo de cierto tiempo llegó una chalupa trayendo a nuestro embajador, el mariscal de campo teniente Martini, quien desde su embarcación entabló un diálogo con el capitán, pero no habiendo llegado aún la *pratica*, regresó á tierra para esperarnos. Expuesto sin defensa á los ardientes rayos del sol, aprisionado en un uniforme de gran parada, yo me ahogaba de calor. Cerca de las cinco en fin, pude bajar á una barca para hacerme conducir a la ribera. Miétras que remábamos con dirección al muelle de Santa Lucía, entre el castillo del Huevo y el Palacio Real, la fragata envió un saludo de veintiun cañonazos que le fué contestado al punto por una batería de tierra. A medida que la barca se aproximaba, comenzábamos a distinguir los detalles de la ciudad: las casas están oprimidas unas con otras, son muy altas y muy estrechas, algunas no tienen mas que una ventana en su frente. Los techos son de terrado: cada ventana tiene su balconcito de hierro. ¿Y qué no se vé en aquellos balcones? ¿Qué no se encuentra de divertido ó de extravagante en ellos? El balcon es un elemento esencial de la vida meridional: aquí en Nápoles, cuelgan en él sábanas y banderolas, en él se dan aire con el abanico, y en él se ostentan las flores y los monjes, todo con una *franqueza* italiana.

Saltamos por último al muelle despues de nueve dias de viaje por mar; y como por el golpe de una varita mágica, nos encon-

tramos trasportados a un mundo enteramente nuevo, un mundo tan agitado y tan confuso, que nuestros oídos y nuestros ojos necesitaron de algun tiempo para acostumbrarse a él. Desde nuestros primeros pasos en la tierra de Nápoles, nos vimos rodeados por los representantes de la vida popular: por aquí avanzaban gravemente por la calle dos capuchinos con grandes anteojos sobre sus venerables narices, para examinar mejor a los recién llegados; por allá se agitaba, en medio de la multitud ardiente y chillona, el tricordio gigantesco de un clérigo italiano, por todas partes acudía el ejército de los lazaroni rodeando en triunfo al tímido extranjero: era una animación, una confusión, un tumulto, inauditos para oídos germánicos. Comenzábamos a tener vértigos, y esta embriaguez de sensaciones aumentó cuando subimos con nuestro embajador en un vehículo indígena para recorrer la famosa calle de *Toledo*, la grande arteria de Nápoles; entre nosotros se habria tomado esta agitación por una sublevación popular, ó cuando ménos, por una mascarada en la época del carnaval: aquí es una algazara de todos los dias. Mi estupor era tan grande, que en medio de este extravagante desorden, un pequeño número de figuras solamente pudieron grabarse en mi memoria.

Aquí el pueblo *vive*: no está moralmente atrofiado ni replegado sobre sí mismo como en las otras ciudades; todos sus hechos y ademanes se ejecutan al aire libre, porque su actividad se despliega en la calle, y esto forma para el viajero recién desembarcado, un espectáculo de un atractivo sin igual, una maravillosa diversión. Las tiendas están al aire libre y descubiertas, los comestibles están amontonados en las calles: en medio de los mas hermosos productos del Mediodía, se ven los carneros y los marranos, los perros y los niños que juegan y se atropellan en el mas completo estado de naturaleza; los últimos, verdaderos pequeños Murillos, van y vienen atrevidamente con su traje primitivo entre los puestos de macaroni y los figones, y se apoderan de su comida en donde pueden, ó en caso necesario, en un muladar. En todas las esquinas de las calles se ven cajas de madera pintadas de colores, sobre las cuales se levanta una glorieta de columnas, adornada con hojas y naranjas, y circundando la imágen de una madona. Detrás de estas columnas se encuentran unos barrilitos

largos, puestos horizontal ó verticalmente, segun las circunstancias, de los cuales sale agua fresca: los hombres que hacen maniobrar este sencillo aparato son los famosos *aquajoli*.

Los carruajes populares deben contarse en el número de las curiosidades principales de Nápoles. Son en su mayor parte carretas de dos ruedas tiradas por uno, dos, ó hasta tres caballos; estos tienen un penacho puntiagudo en una de las orejas y un arnés extravagante adornado de laton y casi siempre provisto de cascabeles; detrás del caballo y casi sobre la grupa, va sentado el conductor; entre las ruedas se halla un asiento propio para dos ó tres personas: pero los napolitanos se arreglan de manera que doce ó catorce individuos oprimidos en este corto espacio, se hacen llevar al trote por un mal caballejo.

No puede decirse que la famosa calle de Toledo sea verdaderamente hermosa: las casas y la calle misma están en el desórden mas grandioso, y se hallan cubiertas de una grasa poéticamente pintoresca. A la mitad de esta calle, en el centro de la ciudad, se encuentra una hermosa plaza de extension média, llamada *Largo del Mercatello*, y cerrada a un lado por un edificio semicircular, que pertenece á los jesuitas: el carácter de los propietarios se reconoce fácilmente en el estilo de la arquitectura. La calle de Toledo sube poco á poco hácia la colina: llegamos por un puente elegante á la region de los jardines.

Apénas habíamos dejado el interior de la ciudad, cuando el camino estaba ya limitado por esas calles soberbias, cuyo verdor deja descansar la vista tan agradablemente, y que son uno de los mas bellos adornos de Nápoles. Despues de algunos rodeos, nos encontramos cerca de una gran reja de hierro guardada por centinelas; estábamos enfrente del magnífico palacio *Capo di Monte*, que es un edificio colosal, como todas las construcciones italianas del siglo pasado; las columnas y las ventanas son de piedras enormes y parduscas, lo mismo que las vastas puertas de la fachada: las pilastras de estas puertas sostienen en el interior las gruesas paredes del palacio, y dan acceso á grandes y espaciosos corredores, en los cuales se puede andar fácilmente en coche. Las paredes son de ladrillos descubiertos, cuyo color forma con el gris de las piedras un excelente contraste. El castillo está rodeado por un jardin in-

glés que ahora tiene secos sus prados; pero donde en cambio se ven pequeños palmeros y laureles-rosa maravillosamente floridos.

Entré en coche por uno de aquellos hermosos y espaciosos arcos del palacio, para hacer una visita a mi tia Clementina: la encontré de luto riguroso por su marido el príncipe de Salerno, que habia muerto hacia pocos meses: su hija la duquesa de Aumale, estaba a su lado. Hablamos largo rato de los parientes de Viena y del buen tiempo antiguo! Las piezas habitadas por mi tia son de un tamaño extraordinario, con ventanas y puertas gigantescas, el pavimento de ladrillos encarnados y un menaje bastante mezquino, verdadera instalacion italiana. Quise tambien visitar al conde de Aquila, que habita en una casa inmediata al palacio; pero no lo encontré, como tampoco a su hermano Trapani, que vive en el palacio mismo. Dimos un paseo por el parque que se extiende mucho detras del castillo: está trazado conforme al antiguo estilo italiano, atravesado por grandes calles rectas, no formado con rígidas paredes como en los jardines a la francesa, sino con glorietas regulares. Los árboles están casi todos rodeados de espesa hiedra, los bosquecillos se ven incultos y abandonados a la naturaleza ó dispuestos en líneas rectas, lo que les comunica un encanto particular, y les da algo del noble carácter italiano de las personas que los han plantado: la vista penetra con delicia en los numerosos cruzamientos de estas largas calzadas de árboles, cuyo follaje ofrece un abrigo impenetrable a los rayos ardientes del sol. Aquel hermoso parque, que está lleno de liebres y faisanes, solo sirve para las cazas reales, y su entrada se permite únicamente a un corto número de privilegiados.

Volvimos al interior de la ciudad por los famosos *ponti rosii*. El camino que de subida nos llevó a *Capo di Monte*, bajándolo por la parte opuesta, nos condujo a la llanura que se extiende entre Nápoles y el Vesubio: es una série no interrumpida de jardines adornados con pinos gigantescos, viñas exuberantes, y los paisajes de que se goza en la calle de los coches son admirables. El sol estaba al fin de su carrera, el tiempo era muy claro y Nápoles con sus alrededores parecia querer mostrar todo el encanto que puede ejercer sobre el corazon del extranjero: en el mio, lo confieso, la victoria fué completa. En el fondo del cuadro se levantaba majestuosamente

el Vesubio, y a sus piés la llanura magnífica se extendía hasta las montañas de Caserta; a la derecha, la ciudad bajando en suave declive nos daba por primera vez una idea de su inmensidad; delante y detrás de nosotros se desarrollaban las riquezas de una vegetación meridional: a lo lejos, en el azul del crepúsculo, se percibían las montañas de Massa y de Sorrento, delante de ellas se dilataba el vasto golfo. Seguimos la *strada dei Ponti Rossi*, llamada así por dos acueductos construidos con antiguos ladrillos encarnados de origen romano, bajo los cuales pasa el camino de coches; pero no son estas antigüedades las que hacen célebre a este camino, sino las perspectivas admirables que se presentan en él á los ojos del viajero. ¡Por último, quedé convertido, y me declaré para siempre un admirador entusiasta de la hermosa Parthenope! Por bella que sea la Grecia, por magnífico que pueda ser el golfo de Lepanto, faltan en aquellas comarcas el encanto soberano de una vegetación verde y los detalles siempre diversos y siempre nuevos de la perspectiva. Al bajar de la colina se entra a la ciudad por la *strada Forria*: el primer edificio que se encuentra es el Grande Hospital con su maciza y soberbia fachada, que ha recibido el nombre de *Reale Albergo dei Poveri*; es obra de Carlos III. Todo lo grandioso que se ha construido en Nápoles y en sus inmediaciones se remonta a este monarca, el cual comenzó estos trabajos gigantescos como soberano de las Dos Sicilias y los hizo acabar por su hijo, cuando habiendo subido al trono de España, tuvo a su disposición los inmensos recursos de aquel país.

Habíamos regresado apenas a la ciudad cuando nuevos cuadros de la vida napolitana se ofrecieron a nuestra vista. Elegantes carros cubiertos como calesas pasaban al trote por las calles con dirección al campo; ¿cuál podría ser su cargamento? Eran pobres muertos, que según la costumbre del país, tan luego como exhalan el último suspiro son abandonados por sus familias y transportados al *Campo Santo*. Uno de aquellos carros iba rodeado de niños vestidos de querubines, acomodados en pequeños asientos dispuestos en la parte exterior y llevando en las manos antorchas encendidas. Encontramos también, una de esas famosas cofradías napolitanas, larga fila de personajes vestidos de blanco y que avanzan de dos en dos siguiendo a un cruciferario y a un eclesiástico. Aque-

llos hombres, muy semejantes a las sombras, iban cubiertos con velos, y no se distinguían más que sus ojos brillantes, tras de la tela blanca que desde la cogulla puntiaguda les caía sobre el rostro. Cada clase de la sociedad posee una cofradía de este género, la cual, a expensas de la comunidad, proporciona sus auxilios a los enfermos y cumple con los últimos deberes respecto de los muertos.

Observamos en esta calle algunos puentecitos completamente en seco; sirven para las lluvias que con frecuencia caen con tal abundancia, que la calle entera se convierte en un torrente: el sencillo napolitano, incapaz sin duda, de cortar el mal en su raíz, no ha podido descubrir para los casos urgentes ningún otro medio de comunicación. Desembocamos en la calle de *Toledo*, en el ángulo del *Reale Museo Borbonico*: este último, majestuoso y gigantesco edificio, está construido con piedras grises y con ladrillos descubiertos, según el antiguo estilo italiano; ahí están guardados los tesoros artísticos del reino de Nápoles.

Llegó la tarde, trayendo como por encanto el movimiento y la vida. Hasta ahora habíamos observado a las clases populares, nos faltaba estudiar a la multitud elegante de la buena sociedad, que después de la siesta de costumbre salía a la calle a saborear la frescura de la tarde. En la parte de la calle de *Toledo* que se extiende más allá del *largo del Mercatello*, los coches estaban literalmente encabritados. En Viena, donde reina sin embargo una animación tan grande, se tomaría esta aglomeración confusa de carruajes por un embarazo ocasionado por algún accidente que hubiera sucedido, ó cuando ménos se temería que sucediese; mas aquí no es otra cosa que la diversion de todos los días, y no obstante los gritos de angustia que se oyen por todas partes, no obstante los coches que se adelantan oprimidos como unas cuñas dentro de otras, no se produce ninguna confusión durable ni acontece desgracia alguna. Al salir de esta batahola capaz de romper los oídos, los carruajes se separan para sumergirse al punto en una nueva confusión. Este desorden recuerda bastante el *fresco* de Venecia, en el cual en el gran canal las góndolas se oprimen unas con otras, con la sola diferencia de que allá las fuerzas motrices son remeros, y aquí son caballos. La algazara se aumenta todavía con los gritos de los mercaderes y de los mendigos: los primeros anuncian sus mercancías

de la manera mas cómica y mas ruidosa, y acompañan sus vociferaciones con la mímica mas extravagante. Los mendigos de todo el reino parecen haberse reunido en Nápoles: en la calle *dei Ponti Rossi* principalmente, nos vimos sitiados por importunos que mostraban sus enfermedades de todas maneras, y que se aproximaban a los coches con una presteza maravillosa, para recoger algun dinero, con el agregado de una profusion increíble de gesticulaciones y de palabras. De la calle de Toledo nos dirigimos a casa de nuestro embajador, que habita la *Chiaja*, detrás de la Villa Reale. Dejamos en su casa nuestros uniformes y nos dimos el placer de contemplar algun tiempo el aspecto tan animado del Corso: esta es una ancha calle que se extiende entre la de la Villa Reale al borde de la mar, y una hilera de casas simétricas de construccion moderna. Aquí otra vez los coches se oprimian unos con otros, ginetes y amazonas se paseaban vestidos con trajes elegantes, todo era alegría y movimiento. Este lugar parece ser el *Prater* napolitano.

Volvimos á subir en coche para ir por la *Chiaja* al camino de Pouzzoles, que sigue el borde de la mar. Los carruajes así como los tocados, tienen ciertos detalles bastante hermosos, pero el conjunto no es feliz, ni de verdadera elegancia: se ven magníficos coches con cocheros sucios que llevan las manos desnudas, rostros de viejas engastados en bonitos sombreros de la última moda. En suma, no se puede encontrar ninguna fisonomía femenil que reúna la nobleza á la hermosura: sus facciones tienen siempre algo de morisco.

A poca distancia de la casa del mariscal de campo Martini, encontramos en faeton a un grueso jóven de cabellos rojos, conduciendo él mismo a la inglesa, y que se quitó ceremoniosamente su sombrero cuando vió al embajador. Pregunté quién era, y supe con admiracion que mis ojos habian visto una de las celebridades del dia, una de las potencias de este mundo, uno de los personajes mas importantes de nuestro siglo, una de las estrellas de oro del cielo europeo.... ¡el jóven y gran Rothschild de Nápoles!

Desde el camino de Pouzzoles que seguíamos, la mirada se extiende sobre agradables perspectivas. Por una parte se elevan las montañas de Toba sembradas de jardines y de villas: los pobres lazaroni habitan en cavernas que han abierto en sus costados: se

ven tambien altas bóvedas formadas en la piedra suave que sirven tal vez de entrada a grandes almacenes. Por el otro lado del camino, el terreno descende a pico hasta la mar, y en muchos lugares, sin embargo, está cubierto de villas. Como este camino da la vuelta a la rada, desde él se puede ver la ciudad en toda su extension con sus torres pintorescas y sus colinas de verdura, así como la vasta llanura; el majestuoso Vesubio y las montañas de Sorrento que se elevan en anfiteatro. No se sácia uno jamas de contemplar este panorama admirable. Las curiosidades mas notables en el mismo camino, son: las parduscas ruinas de un gran palacio comenzado en otro tiempo en la mar por el virey de España, y que quedó sin concluir desde entónces, ruinas que se llaman muy impropriamente, «el palacio de la reina Juana de Nápoles;» y un palmero gigantesco, cuya cima majestuosa se eleva de en medio de un jardin y parece volar sobre el camino. He visto los palmeros de Aténas y los de Nauplia; su tamaño es mas enorme, pero ninguno de ellos es tan opulento de formas, ni tan hermoso; ninguno de ellos se eleva con tanta nobleza y majestad; por esto no viene pintor a Nápoles que deje de copiar su imágen, sus hojas son abundantes y de una longitud inmensa, se inclinan a la tierra formando arcos elegantes. El palmero es el árbol de la imaginacion, una forma maravillosa tomada de algun sueño divino, cuyo tallo enhiesto selevanta majestuosamente en los aires, mientras que los sacudimientos ligeros de sus hojas, se parecen a un baile de las Gracias. El sol habia desaparecido hacia largo rato: innumerables luces aparecian por todas partes, y a la vida del dia sucedia otra nueva mas animada y mas interesante, la vida nocturna de Nápoles. Las iluminaciones se reflejaban a lo largo de los muelles en el espejo de la mar y dibujaban surcos de fuego sobre las olas ligeramente agitadas; despues apareció en los cielos la luna llena y radiante que elevó su luz a la altura de lo ideal, deramando sus rayos misteriosos y plateados sobre la tierra y las aguas. Mi corazon palpité de alegría, me confesé vencido, é incliné humildemente la cabeza ante el viejo poeta que ha cantado estos versos siempre jóvenes:

“ Connais tu la contrée où les citronniers fleurissent? ”

Yo también sufría la suerte de todos los alemanes que van al Mediodía: al principio se admiran, se asombran y de repente quedan sobrecogidos y fascinados por el encanto soberano de Italia!

Al volver del paseo nos detuvimos a la entrada de la Villa Reale, y recorrimos a la luz de la luna las magníficas calzadas de olivos, de adelfas y de encinas siempre verdes; pero esta vegetación admirable no es el único atractivo de estos lugares: algunas copias en mármol de las obras maestras famosas de la escultura antigua dibujaban sus brillantes contornos en el sombrío follaje; estanques adornados con fuentes elegantes, con estatuas y con plantas acuáticas hacen oír el misterioso murmurio de sus aguas: en medio del mas célebre está sobre una roca un grupo de mármol maravillosamente esculpido que representa el rapto de Europa por Júpiter: desgraciadamente el lugar estaba demasiado sombrío para que se pudiesen distinguir todos sus detalles. Otro estanque de mayores dimensiones está formado de un solo trozo de granito rojo extraído de las canteras de Pestum: le llaman la fuente de Salerno, por haber sido trasladado a aquella ciudad primeramente el pedrusco despues de su descubrimiento. Se vé también en medio de los árboles un templecito con el busto del Tasso: un amigo mio me contaba que allí había siempre un centinela para invitar a los que se acercan a quitarse el sombrero delante del poeta: yo me dirigí al busto y el centinela apareció en efecto, pero fué para decirme sencillamente que no me detuviese demasiado cerca del grande hombre. Si el pobre Torcuato que durante su vida fué con tanta frecuencia y tan amargamente ofendido, pudiese saber con cuánta etiqueta se le rodea despues de su muerte, su grave y noble rostro de piedra se iluminaría con una sonrisa irónica. Quizá también el centinela no tiene otro objeto que recordar la antigua cautividad del desgraciado poeta.

Salimos de las calzadas para llegar a un terrado que domina a la mar y en él percibimos unas figuras negras recostadas en los zócalos de las balaustradas: al principio nos parecieron estatuas egipcias de formas misteriosas; pero acercándonos mas, vimos que eran buenos napolitanos, respirando en un *dolce far niente*, la brisa refrescante de la mar. Desde este punto avanzado la vista volvía a ser nueva, admirable, encantadora: el camino de Pouzzoles

que habíamos dejado hacia poco, se desarrollaba magníficamente con sus cavernas habitadas.

El nombre de *Villa Reale* parecería desde luego que debía designar una residencia de verano ó una real casa de campo, y no es en realidad mas que un paseo rodeado de rejas con calzadas, bosquecillos de flores, palmeros y garitas en sus diferentes puertas. Ahí no se ven mas que paseadores regularmente vestidos, en razón de que está prohibida la entrada al pueblo bajo. Nos detuvimos un instante en la reja de hierro que dá el frente á la ciudad para refrescarnos en los *aquajuoli*, y seguimos despues por el muelle de Santa Lucía, cuartel en que los lazaroni tienen establecido su imperio. Las calles están llenas de cajas en que se hallan reunidos los mas extraños productos de la mar, protegidos del sol por unos tejadillos inclinados: alrededor de los figones hay montones de fruta y unas mesitas en que se venden bizcochos de forma anular, están iluminados por una masa de lucecitas, y se ven invadidos por una multitud impaciente y chillona. Las mujeres y los niños nos molestaron con sus ofrecimientos importunos, nos sitiaron los mendigos, y aun teníamos que poner cuidado para no atropellar á los lazaroni que dormían tendidos en el suelo. Al bajar una escalera que conduce al pié del muelle, muy cerca del borde de la mar, nos sorprendió un nuevo aspecto de la vida napolitana. Hay centenares de asientos sobre la húmeda arena, en los cuales están acomodados en negligente desorden, elegantes y personas mal vestidas, eclesiásticos y legos: ¿qué vienen a hacer aquí estas gentes, acaso están tomando café ó helados? Nada de eso; están bebiendo una agua sulfurosa purgante, que los lazaroni hembras distribuyen a la concurrencia en grandes vasos, y comiendo de los bizcochos de forma anular de que hablé hace poco: estas son, segun me dijeron, *le delizie di Napoli*. Este es el caso ó nunca de repetir el conocido proverbio: «sobre gustos nada hay escrito.» La fuente sulfurosa que produce esta execrable bebida, se encuentra bajo una bóveda del muelle, inmediatamente al pié de la calzada de los coches. La visitamos; el suelo es húmedo, la mampostería gris está sostenida por cierto número de pilares; en el fondo hay una escalera que conduce á la parte inferior, donde se oprime el pueblo lazaroniano con sus vasos para recoger el

néctar brotante, y llevarlo despues a los desgraciados mortales instalados en el muelle. Esta fuente parece ser propiedad exclusiva del pueblo bajo que la explota abundantemente.

Enfrente del muelle se encuentra tambien en la mar, otra particularidad de la ciudad: son horribles barracas de madera unidas a la costa por un angosto pasillo y que llevan el suntuoso nombre de *Bagni di Mare*; pero el agua de estos baños está tan turbia y tan sucia, el aspecto de las barracas es tan repugnante, que no tuvimos tentacion de visitarlas. Sin embargo, sus balcones están cubiertos de personas de ambos sexos, sentadas y estrechadas unas con otras, como en un café, y que parecian instaladas allí para entregarse a los placeres de la conversacion. Despues de haber saboreado ampliamente los encantos de esta noche magnífica; despues de haber, en cierta manera, impuesto a nuestros sentidos una actividad excesiva para tan cortos instantes, subimos en el bote para regresar tranquilamente, bajo la radiante claridad de la luna, a nuestro palacio flotante. La ciudad se extendia delante de nosotros en anfiteatro, con sus mil luces y sus muelles chispeantes, y por largo tiempo aun oimos los alegres clamores del pueblo napolitano.

Despues de una comida reparadora, nos fuimos a gozar del reposo de que debiamos ser económicos en atencion al corto tiempo que habiamos de permanecer en Nápoles.

Rada de Nápoles,
10 de Agosto de 1851.

A las dos y media de la mañana dejábamos nuestras hamacas, porque el grito de guerra para hoy, era: «¡El Vesubio!» Ibamos a hacer nuestra visita al patriarca napolitano, a la mas curiosa maravilla de la naturaleza en estas inmediaciones. A las tres y media nos trasladamos a la chalupa para hacernos conducir a Portici, donde debiamos encontrar al teniente del capitán con los caballos en que debiamos subir la montaña; pero como partimos sin piloto indígena, llegamos a la costa sin conocer el punto en que era preciso desembarcar. Buscamos largo tiempo en la oscuridad, preguntando a los bateleros y a los pescadores; pero unos y otros

hablaban el napolitano, y el napolitano no es el italiano, de manera que estábamos en riesgo de perder las mas bellas horas de la mañana, cuando repentinamente apareció la luz de una antorcha, dándonos a entender, por medio de señales, la direccion en que debiamos remar. Seguimos aquella direccion y pronto nos encontramos en puerto seguro. Al subir en nuestras monturas, experimentamos la deliciosa sensacion que siempre se tiene al montar a caballo despues de haber pasado en el buque toda una semana. Nuestros caballos eran tan pequeños, que en lugar de ir sentados como se acostumbra, pasamos mil trabajos para sostenernos en equilibrio sobre los estribos; pero nos alentaba un buen ánimo y nos pusimos alegremente en marcha.

Atravesamos desde luego a Portici y a Resina, donde habia una enorme masa de banderas enarboladas en las calles, en espera de una de esas procesiones religiosas que son tan frecuentes en Italia. Pronto cabalgamos en medio de jardines llenos de granados magníficos, de viñas elegantes, de cactus gigantescos, todo del mas fresco verde, a pesar de la sequedad y del calor devorante del verano. Un poco mas léjos el camino comienza a subir, y se llega a una hermosa y ancha calzada que el rey actual ha hecho construir y que conduce á la Ermita: este camino sigue las ondulaciones de la montaña y está limitado a trechos por castaños y por parras. A cada vuelta la perspectiva de la mar, la ciudad y la llanura crece mas. Nos hallábamos todavía bajo la sombra del Vesubio, y el sol iluminaba ya con sus rayos dorados la comarca que se extendia a nuestros piés. La llanura estaba manchada por nubes que, sin dificultad, se hubieran tomado por lagos ó porciones de mar, en medio de las cuales, a veces aparecian las aldeas con sus campanarios y sus prados como otras tantas islas flotantes. Esta vista me pareció mas hermosa que las que habia gozado la víspera: verdaderamente solo en el seno de esta frescura y de esta vegetacion exuberante, se puede uno formar idea de la riqueza infinita de la naturaleza y de los dones que el Creador, en su munificencia, ha derramado sobre este afortunado rincon de tierra, como sobre un país de predileccion. El contraste, ó mas bien, el complemento de este cuadro incomparable, está formado por la opulenta ciudad, que no se encuentra como las demas, separada

del campo por murallas ó por líneas trazadas, sino que se enlaza con los alrededores por una série continua de villas y de jardines.

Para colmo de magnificencia, este país encantado, esta ciudad tan animada, están bañados por las olas de un vasto y admirable golfo, de tal manera, que la tierra y la mar, extendidas a nuestros piés, parecen unir sus esfuerzos y rivalizar en seducciones para componer la imágen admirable y única, sin duda, de un nuevo Eden. En semejantes lugares me gusta pasar rápidamente las distancias, para llegar mas pronto al objeto deseado y descansar entónces en una pacífica contemplacion. Excitamos con la espuela a nuestros mezquinos caballejos y trepamos el volcan, unas veces al galope y otras al trote largo, aumentando nuestro buen humor este violento paso.

Pronto observamos a derecha é izquierda campos de lava, pero ésta aun se hallaba cubierta de verdura: la vegetacion ha obtenido la victoria sobre la materia inerte, y el terreno formado por la lluvia de ceniza está sometido al trabajo del hombre. Esta ceniza que al cabo de cierto número de años se hace fértil, es de una finura extraordinaria y de un color pardusco: en Pompeya, sepultada bajo sus masas, las exploraciones ejecutadas actualmente son muy fáciles, miéntras que el descubrimiento de Herculano, que fué cubierto por una espesa capa de lava, presenta las mayores dificultades. Nos acercábamos a la *Ermita*: la parte baja del volcan en que estábamos se hallaba revestida de una vegetacion exuberante y se iba haciendo cada vez mas estrecha; repentinamente y al hacer el camino una vuelta, percibimos entre las colinas inferiores del Vesubio, un gran torrente de lava, producido por las últimas erupciones. La masa inerte y lúgubre, de un gris oscuro y amarillento, de un aspecto repugnante y horrible, se extiende en lontananza como un rio petrificado que todo lo ha aniquilado a su paso, ahogando toda vida: este es un espectáculo a que nada en el mundo puede compararse. Se observa cómo estas olas de lava, ahora fria, han arrebatado en su curso irresistible todas las cosas entre sus brazos de fuego y no se han satisfecho hasta reducir a la muerte su presa. Las aguas de un rio que se desborda son fecundas: al principio lanzan la devastacion y la ruina sobre los campos; pero llega un momento en que bajan, y el país, destruido por

aquel cruel azote, aparece de nuevo a la luz del dia: las olas incandescentes que vomita el Vesubio, abisman y sepultan todo; la lava se enfría y forma una costra dura é infecunda sobre el suelo cubierto ántes de verdor; millares de años se necesitan luego para que la tierra vegetal se forme otra vez, y para que nuevas plantas puedan germinar. Las riberas de aquel horroroso Leteo, estaban cubiertas de vegetacion, y nosotros caminábamos aún por una tierra cultivada.

Llegamos a la Ermita, punto tan interesante en la historia de los viajeros. Una casita y una pequeña iglesia están como colgadas en un cono de verdura: las olas de fuego líquido suben alguna vez hasta la iglesia, pero el torrente se divide en la casa de Dios, y la morada del ermitaño permanece intacta en medio de la destruccion universal. La edad de esta solitaria habitacion se reconoce por los tilos venerables que la protegen con su sombra. La iglesita está apoyada a la derecha sobre la casa y domina a un bonito jardin, desde el cual se descubre una vista magnífica: la mirada se extiende con admiracion sobre aquella hermosa comarca, aquel país bendito por Dios y sobre las olas azuladas de la mar. Tambien se disfruta en aquel lugar del risueño aspecto de la vida, en el vapor luminoso dorado por los rayos del sol. Habia yo deseado siempre ver con mis propios ojos un ermitaño, y este capricho no se habia realizado jamás; muchas veces habia visto ermitas desiertas y aun algunas cabañas elegantes que se decoraban con este nombre; habia leído con frecuencia en historias sombrías descripciones maravillosas de esos piadosos personajes, y tenia grande empeño en ver uno de esos séres solitarios vestido con su oscuro sayal. Es verdad que hasta muy léjos ha llegado la noticia de que el ermitaño del Vesubio, es un alegre compañero que tiene en sí algo de la naturaleza incandescente del volcan que habita; pero ¿qué me importaba? no por esto dejaba de ser ermitaño, con su traje talar y su barba flotante, y era lo que me bastaba; pero mi esperanza quedó burlada: el famoso ermitaño, el dispensador del *lacryma Christi* se habia ido con su romántica poesia *ad patres*, y era reemplazado por la vil prosa de todos los dias. Pronto vimos aparecer al nuevo habitante de la ermita: ¡ah! qué desencanto! Nada de sayal cubriendo un cuerpo fatigado, nada de barba